

La gran manguala contra el cambio

Al instalar el Congreso, Fabio Valencia Cossio dijo: O cambiamos o nos cambian... La triste realidad es otra: ni han cambiado, ni se quieren dejar cambiar.

Ingenuos quienes volvimos a creer que la política colombiana se estaba depurando y que el Congreso, por fin, cambiaría.

Es poco lo que han dejado en los pasillos del Congreso del sueño fervoroso agitado en una campaña presidencial que se enfrentaba a la corruptela, la politiquería, el desgobierno y la debacle de la administración Samper, bajo la pomposa convocatoria de la Gran Alianza para el Cambio.

Parece que contra las cuentas del relevo político se estuvieran cubriendo sobregiros burocráticos que empezaron a gestarse desde la tempranera jornada de elección de las mesas directivas del Congreso, procedimiento que terminó por convertir la Gran Alianza en una gran manguala contra el cambio.

Temple, coherencia y calzones les hicieron falta a los estrategas políticos que rodean al buen Andrés, quienes prefirieron emprender de rodillas una cacería frenética de votos parlamentarios para asegurar presidencias de corporaciones y comisiones, en vez de recomendar al Presidente que liderara, de verdad, un proceso profundo de cambio en las costumbres electorales y en la dirigencia política nacional.

Así, quemaron la pólvora del relevo en pegar con babas una apresurada coalición de congresistas, sin exigir credenciales éticas a ningún participante y sin imponer ninguna restricción para obtener boletas de entrada. Sin vergüenza ni decoro, empezaron a corretear parlamentarios por todo el país en busca de los votos faltantes.

Nunca nos explicaron cómo ciertos congresistas fueron malos mientras estuvieron con Serpa, pero, mágicamente, a golpes de lenteja, se convirtieron en próceres y apóstoles de la patria al ingresar a la coalición dominante en el Congreso, de la mano de refulgentes figuras del nuevo Gobierno.

Lo triste es que esa visión lagartizada y clientelizada de la política es la que ha llevado la voz cantante a lo largo de estos meses. Dizque esa coalición es necesaria para lograr la paz. Ja. Como si la violencia colombiana en buena medida no fuera una consecuencia de décadas de corrupción administrativa, de exclusión democrática y de desangre de los presupuestos públicos por cuenta de los vampiros del bipartidismo tradicional.

Es que son tan criminales quienes asesinan niños en los campos o quienes violan mujeres indefensas debajo de los puentes, como aquellos políticos que abusan de su poder para engordar sus propios bolsillos. Son tan delincuentes los secuestradores como los serrucheros que se roban el dinero de los hospitales, de las escuelas, de los acueductos, de los alcantarillados... en fin.

PERIODICO: EL TIEMPO

FECHA: MARZO 15 DE 1999

TEMA: DERECHOS HUMANOS

La plena reconciliación nacional no se podrá lograr mientras se siga agachando la cabeza frente al chantaje de la clase política. Ni la reactivación económica, ni la reforma del Estado, ni la lucha contra la corrupción, ni la justicia social, ni la recuperación del sector salud, ni el desarrollo nacional, se podrán alcanzar mientras no se combatan, de verdad, las prácticas políticas que en azul y rojo han desbaratado a este país.

Y no quiero incurrir en indebidas generalizaciones. Porque no todos los beneméritos padres de la patria roncan en triple A durante las transmisiones televisivas de los debates. Más aún. Justo es admitir que las interminables peroratas de ciertos ministros arrullarían hasta al más insomne de los infantes.

Y justo, también, es reconocer que hay un grupo importante de congresistas que cumple sincera y abnegadamente con las labores propias de su cargo. Lo triste, sin embargo, es que una histórica oportunidad para restaurar la confianza de los colombianos en el Congreso y para darles una voltereta al clientelismo y a la politiquería, se esté dilapidando en la reproducción de viejas prácticas, encaletadas entre nuevos empaques.

Lo triste, asimismo, es que, sin licitación ni concurso, ya se haya comenzado la obra de construcción y blindaje de un muro palaciego que tiene como propósito separar al Señor Presidente de todos aquellos mortales que todavía creen en él, aunque se rehúsen a participar del carnaval de lisonjas y adulaciones orquestado desde los cuarteles generales de la gran manguala contra el cambio.

Ojalá este martes, cuando se reanuden las sesiones ordinarias del Congreso, el doctor Valencia Cossio y sus colegas recuerden su frase célebre y la tengan presente frente al Plan de Desarrollo, las finanzas públicas, el Código Penal, el desmonte de la justicia regional, la desaparición forzada, la ley de canje, y frente a ese esperpento de reforma política cuya pupitreada irregular en primera vuelta demostró que ni el Congreso ha cambiado, ni se quiere dejar cambiar